



O espello na man

Las bodas de oro de don Ramón

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 2 de agosto de 1973

I

El día 4 de este mes celebran, en Orense, don Ramón Otero Pedrayo y su esposa, doña Fita, el cincuenta aniversario de su boda. Este es el primero de tres artículos en los que Victoria Armesto cuenta la historia de su primera visita al pazo de Trasalba y una estancia de varios días con los señores de Otero Pedrayo.

En estos días algunos amigos íntimos y allegados del matrimonio Otero Pedrayo han recibido una cartulina alargada cuyo texto gallego dice así:

Os señores de Otero Pedrayo:

Teñen a lediza e honra de convidar a Vd. e a súa Dona, a Festa das súas Bodas de Ouro, agardando seren compracidos. Seu medio século de ditoso matrimonio enteirase o día 4 de agosto, sábado. Rezarase unha misa na eirexa dos PP. Franciscanos, as oito e media da serán do dito día, e de seguida xuntarémonos no aperitivo e cena servida no Hotel San Martín, na Torre de Ourense. Ourense1973.

Recibir esta tarjeta nos llena de alegría, primero por saber que don Ramón Otero Pedrayo, que en la pasada temporada estuvo algo mal de salud y aún pasó algún tiempo en observación en una clínica compostelana, está ya restablecido, segundo que va a celebrar su medio siglo de feliz matrimonio con Fita, y tercero que nos contamos entre los afortunados convocados para felicitarles y pasar ese día reunidos, acompañándoles primero a la iglesia y después al xantar.

Ha pasado medio siglo desde que don Ramón se casó en Santander, donde era profesor de Geografía e Historia del Instituto, con Fita joven santanderina guapísima y muy elegante, cualidades que todavía conserva. Augusto Assía, entonces un muchacho, se acuerda perfectamente de la llegada de don Ramón y su mujer a Orense en agosto de 1923, dice que hacían muy buena pareja y que don Ramón gastaba botines. Era aquél un Orense muy rural, aún no existía ese rascacielos espectacular en donde vamos a celebrar las bodas de oro de don Ramón, ni tampoco los edificios de reciente construcción. Se mantenían en 1923 las antiguas estructuras físicas y morales del antiguo Orense que habían conocido los vates Curros Enríquez y Lamas Carvajal, Basilio Álvarez estaba en sus años combativos, Ramón Otero Pedrayo era el gran adorno intelectual y social de la ciudad.

Don Ramón nació en 1889, en la misma calle de la Paz, y en la casa que hace hoy el número 25, donde el matrimonio Otero Pedrayo sigue viviendo en



invierno. En otro piso de esta misma casa vivía también Vicente Risco, íntimo amigo desde la infancia de don Ramón.

A poco de nacer el futuro patriarca de las letras gallegas (que iba a ser hijo único) le llevaron a la casa familiar de Trasalba que, con frecuencia, ha sido comparada con el pazo de Casdemiro, solar orensano del polígrafo Padre Feijoo.

Con la invitación para asistir a las bodas de oro surge nuevamente en mi el recuerdo de mi primera visita a Trasalba.

El día 7 de agosto de 1970 visité a don Ramón y a Fita que estaban, como todos los veranos, en su pazo de Cima da Vila.

Yo había proyectado mi viaje desde un ángulo profesional. Iba a Trasalba para escribir acerca del patriarca de las letras gallegas y acerca de su casa solariega. Fue el propio don Ramón quien me quitó esta idea de la cabeza diciéndome que ya se había escrito demasiado sobre él y que mejor lo dejara para cuando hubiera muerto.

Hasta hoy no escribí nada. Pasé dos días enteros en Trasalba seducida por aquel raro sortilegio y en verdad hubiera deseado quedarme allí para el resto del verano.

En aquel día 7 de agosto de 1970, la temperatura era perfecta y esta Galicia del interior era semejante a una zona paradisíaca que por un milagro aún se mantuviera libre de las plagas de nuestro tiempo: el turismo, la contaminación del aire, las músicas atronantes, las muchedumbres en tapa rabos, las caravanas de vehículos...

Salí de nuestra casa de Xanceda sobre las 10 de la mañana y aunque hice el viaje a paso de burro llegué a Trasalba mucho antes de la hora de almorzar.

Me acuerdo que era un día de fiesta en la casa de José Mata, nuestro peón caminero auxiliar y padre de Virtudes, nuestra joven doméstica. Hacían la primera comunión una niña y un niño, número 8 y número 9 de los hijos del señor Mata, padre de doce. Virtudes les había traído los trajes de Santiago. Pensé en si detenerme para ver a los niños pero luego desistí y pasé de largo. Repetía mentalmente el nombre de los pueblos por los que había de cruzar en el camino a Trasalba: Curtís, Corredoiras, Melide, La Golada, Lalín (allí tomar la carretera Santiago-Orense), Tamallancos...

La deliciosa temperatura, aquel paisaje, una carretera no excesivamente mala, yo al volante... me sentía dichosa de vivir, dichosa de ser gallega, dichosa de estar en Galicia, dichosa de tener coche y dichosa por contar con la amistad de don Ramón Otero Pedrayo y con la de Fita.

Tuve que detenerme para repostar.

Mientras llenaban el depósito contemplé el cuadro religioso -la Sagrada Cena- que presidía la gasolinera.

-Son ustedes muy piadosos-le dije al mozo, el cual guiñó un ojo y se rió. ¿Verdad que no es corriente encontrar estampas religiosas entronizadas en las estaciones de servicio?



Ya en Melide (oficialmente Mellid) me acordé de los "irmandiños" los cuales, en razón de ser este pueblo el centro geográfico de Galicia, lo eligieron como escenario de sus "xuntanzas". Así me imaginaba a los "irmandiños" semejantes a los mendigos de mi infancia o a los extras de una película medieval de Ingmar Bergman. Pensaba en cómo hablarían, un gallego aún más rudo que el nuestro, en cuyos sonos guturales aún se traslucirían los ecos de lenguas germánicas perdidas e incluso de los dialectos prelatinos.

Pero aunque me acordaba de los "irmandiños" no por eso me olvidaba del posible peatón "suicida" y del tráfico, y así pronto me encontré circulando por la carretera que une Santiago y Orense.

Si digo que Orense es la provincia más bonita de Galicia espero que no se ofendan las otras tres, pero si se ofenden allá ellos porque esta provincia menos conocida, más pobre y abandonada que sus hermanas merece un reconocimiento especial. Hay zonas orensanas que recuerdan a Florencia, tanta es la perfección de una naturaleza en donde el agua, la viña y el ciprés se conjugan con la piedra en una perfección que uno teme ver destruida por la invasión del cemento, del colorín, de la uralita y de la nueva barbarie.

En mi bolsillo llevaba aquella carta gentilísima que don Ramón Otero Pedrayo me había escrito aquel mismo año, el día 23 del mes de San Xoan:

"Non sabe a ilusión con que a agardamos... os castiñeiros, a soláina, as doniñas herdades, as vacas académicas...eu o derradeiro señorito da aldea do XVIII ou XIX. Pois en min finará unha caste coma nunha villa de Cornwall finou unha lingoa celtiga i en don Marcelo Macías o humanismo clásico..."

¡Las vacas académicas! ¡Qué cosas tan graciosas se le ocurren a don Ramón!